

VIRTUDES EUCARÍSTICAS DE JESÚS - EMMANUEL

“El Verbo, dice Mons. Landriot, es una Madre con todas la delicadezas y las ternuras maternas” y transcribe a seguida unas frases de San Ireneo que a propósito dice: “El Verbo se ha hecho Carne, se ha servido Él mismo bajo la forma de leche, a fin de que nutridos en este seno maternal y fortificados en este amamantamiento divino, nos acostumbremos a comer un día y a beber al Verbo tal como es en el seno del Padre”. Esta idea feliz que se aplica al Verbo encarnado, se podría entender dicha de la Eucaristía, porque bajo humildes apariencias, encubre la virtud de Dios, escondido por especies visibles del pan y del vino y se disfraza, digámoslo así, con ellas para llegar y hospedarse en nuestro corazón y vivir allí con nosotros una vida incomprensible, [...]. En orden a los secretos inefables de esta vida de Jesucristo en la Eucaristía y por la Eucaristía y su comunión con nosotros, vida que realiza la promesa, cual queda dicho, misterios impenetrables, se perciben por la fe las fimbrias doradas de la majestad que sirve de vestido al Verbo Divino.

A veces el que comulga en gracia, percibirá como el suavísimo perfume de la presencia de Dios en él; sentirá como un delicadísimo aroma que la Divinidad le comunica secretamente y que baña su alma en un purísimo y castísimo gozo, que le advierte (hace percatarse de) la gracia singular de que es objeto. Pero comprender la maravilla, ponderar su excelencia y conocer en fin, el bien de Dios, no puede otorgársenos en carne mortal, no porque se niegue el Señor a quien demanda esta gracia, sino porque no hay capacidad de ella y no en vano se escribió de los hebreos, en el Éxodo, que cesó el maná luego que comieron de los frutos de la tierra.

De todos modos, y resignándonos antes a no comprenderlo ni escudriñar, a no ser en alas de una inspiración, todavía en las altas esferas de la fe podríamos decir lo que en el Antiguo Testamento se lee de Moisés, que el Señor se deja ver por la espalda.

¡Se piensa tan poco en ello! Se medita tan ligeramente, y el hombre está tan apegado a la vida sensitiva y material, que no alcanza los misterios de Dios, como dice San Pablo.

Desde luego el amor asimila los seres y en alguna manera inexplicable, los identifica por la voluntad y aún más como por una compenetración misteriosa, a punto de parecerse recíprocamente en alguna forma y condensarse en sus deseos. Son dos personas que se aman como un mismo ser en la esfera todo espiritual y elevado.